

Juan Soto Ivars

AJEDREZ PARA
UN DETECTIVE
NOVATO

algaida
eco

La novela *Ajedrez para un detective novato*, de Juan Soto Ivars, obtuvo el XVIII Premio de Novela Ateneo joven de Sevilla.

Diseño de cubierta: masgrafica.com

© Juan Soto Ivars, 2013
© Algaida Editores, 2013, 2017
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-712-4
Depósito legal: SE. 1681-2016
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Primera parte. El novato

Un detective legendario	15
Nacido de la basura	20
Yo era negro y luego era blanco	25
La buena vida empieza con un buen tajo en el cuello	31
Un pato de goma boga sobre las aguas pro- celosas del infierno	39
Los tres Reyes Magos de Oriente.....	46
Ejercicios para la memoria	59
Led Zeppelin y caballos de doma.....	66
A unos labios de la muerte.....	75
Te doy mi corazón	83
Piloto de color rojo preciso	94
La mentira de las huellas dactilares	100
Jaurías de putas	109
Una broma.....	117
Baile agarrao con la muerte	125
El peso de la sensibilidad	131
Poniendo en práctica las prótesis	139
El mundo gira mientras duermes.....	147
Vida universitaria	154
Otra vez el piloto rojo.....	163

Patricio Cueto.....	168
Macrodiscoteca Viuda de Gómez.....	175
Teorema de Truman Capote.....	185

Segunda parte. El maestro

El honor del detective	195
Las debilidades del maestro.....	203
El asunto de los ninjas.....	211
Conexión espeluznante.....	224
Mutantes	234
Insomnio	241
Las tapas del alcantarillado vuelan en la oscuridad.....	250
Los homenajes son para los muertos	255
La niña voraz apoya la cabeza en mi hombro	263
Las preguntas equivocadas.....	271
Fumadora compulsiva.....	283
Los velos caen.....	291
Habla la intuición	298
Una boa entre conejitos	302
De cómo obtuve mis canas prematuras	309
Vagina Dentata	323
Estadísticas	335
George Washington.....	341
Epifanía	351
Ajedrez para un detective novato	361
Epílogo.....	382

TAMPOCO INTENTARÉ ROTURAR EL CAMPO DE lo humorístico, porque todos los campos espirituales son infinitos e incommensurables y no se sabe de ellos sino que limitan: al norte, con la muerte; al sur, con el nacimiento; al este con el razonamiento, y al oeste, con la pasión.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

*Para Diana Barnés y Alejandro García Ingrisano
este discutible regalo de bodas. Porque con su amor
dan ejemplo a nuestra cínica generación.*

Primera parte

EL NOVATO

UN DETECTIVE LEGENDARIO

LAS MUJERES DE LAS QUE ME HE ENAMORADO TENÍAN algo en común: el sentido del humor. Todas se reían de mí. Pero hubo una excepción en la época en que me convertí en un detective: tenía una novia tan ninfómana que no encontraba tiempo ni para reírse. Hablaré de ella más adelante, pues su destino fue vital para el desarrollo de esta historia.

Qué años locos. Ésta es una frase que los viejos decimos muy a menudo pensando sobre la juventud, y yo he llegado a cumplir muchos años, lo cual no deja de ser un milagro o una constelación entera de milagros. Si Dios existe, está claro que no me quiere ver por sus dominios. Tiene sentido que así sea porque he matado a mucha gente.

En aquel tiempo todavía no había matado a nadie. Mi vida se había metido en lo que me parecía un callejón sin salida. Yo era un negro, y después de la noche en que comienza todo este tinglado dejé de serlo. Mi piel era tan blanca como la de cualquier otro español que no sea un

político de los que veranean en cápsulas de rayos ultravioleta. Si digo que era negro es porque escribía novelas y las firmaba otro.

Quizás los más jóvenes no recordéis cómo triunfaban en esa época las novelas policíacas. Su lectura era un asunto tan masivo que el negocio editorial estaba en su apogeo. Cada mes salían de las imprentas bosques enteros convertidos en novelas. La mayor parte estaban impresas en un papel tan barato que frecuentemente lo más negro eran las líneas, emborronadas e ininteligibles porque se transparentaba el dorso de la hoja. Cualquiera persona que deseara tener amigos necesitaba estar al día del desarrollo de las tramas policíacas de estos librecitos. No se hablaba de otra cosa. No se pensaba en otra cosa. Su influencia hacía que proliferase el crimen y también los detectives quijotescos. Si cada época tiene un héroe, en aquel mundo oscuro y peligroso había uno en España cuya popularidad superaba a la de los políticos, los actores, los físicos e incluso a la de los hombres más admirados y respetados de cualquier sociedad civilizada: los futbolistas.

Este detective legendario era Marcos Lapiedra. Su figura estaba iluminada por el fuego de muchos muertos. Había amasado una grandiosa fortuna resolviendo calamidades. Corría en coches descapotables y los incendiaba si no encontraba aparcamiento, los bomberos le perseguían. Era

un conversador admirable, pero no necesitaba hablar con una mujer para que ella cayera rendida. Aquella noche en que vi a Lapidra por primera vez, me llamó la atención esta disposición permanente al cortejo y cómo las mujeres caían rendidas de amor sin que él tuviera que hacer nada. Parecía un asunto sobrenatural, pero era su carisma y su leyenda que trabajaban por él para ponerle cualquier falda al alcance de la mano.

Le conocí en una cena estrambótica que organizaba el magnate Claudius Baraka. A la cita acudió un tropel de mujeres adineradas que hubieran estado dispuestas a inventar crímenes e intrigas para retenerlo con ellas. No era la primera vez que le ocurría, como supe más tarde. Muchas mujeres se cargaban al marido y escondían el cadáver enterrando los pedacitos en extensiones terribles. Lo hacían porque deseaban a Lapidra. Después de ocultar la dispersión de los cuerpos, se duchaban, se aseaban, elegían su mejor vestido. Luego iban al despacho de Lapidra y lloraban, explicaban que su marido había sido secuestrado y ponían el dinero encima de la mesa. Lapidra terminaba hallando los trozos de los maridos, pero entre tanto las viudas asesinas podían verle a diario y estar con él. Eventualmente Lapidra se follaba a alguna viuda que le pareciera muy atractiva. Tenía preferencia por las mujeres gruesas. Mucho más adelante, Lapidra me diría que un buen culo es el que no

cabe en una silla. Que las sillas son para los culos mediocres. Pero lo cierto es que lo vi ir también con chicas delgadas, porque Lapiedra era muy vanidoso y no le gustaba que lo vieran siempre con gordas. El detective le hacía el favor a su imagen pública yendo del brazo de jovencitas neumáticas y proporcionadas y así su leyenda resplandecía y venían a él las gordas, a las que amaba en secreto.

Como decía, muchas viudas asesinas troceaban a sus maridos y desperdigaban los restos para que Lapiedra tardase mucho tiempo en encontrarlos. Habrá quien se pregunte por qué hacían esta barbaridad. Bien, conviene explicarlo: él alquilaba una cuadrilla de perros cazadores y los soltaba por el llano de la muerte. Los perros escarbaban la tierra y se comían a los maridos muertos pero siempre quedaba algún hueso, alguna evidencia. Lapiedra sabía que una evidencia es subjetiva pero poderosa, y con una tibia cubierta de tierra y mordisqueada y un interrogatorio, mandaba a las viudas al presidio o a la horca, y al final ellas morían felices o se pudrían en las catacumbas de la cárcel para mujeres y jamás olvidaban que durante una semana o dos pudieron ver a Lapiedra todos los días.

El relumbrón del detective era tan grande que yo también tenía miedo de conocerlo aquella noche en la que el rumbo de mi vida tomaría un camino intrincado e imprevisible.

Una semana antes, el escritor para el que yo trabajaba recibió una invitación. Todavía la conservo.

Don Claudius Baraka se complace en invitarle a la agradable velada en la que al menos uno de los invitados o miembros de la servidumbre será asesinado, poniendo a prueba al gran detective Marcos Lapiedra, que será el invitado de honor. Disfrutaremos con sus pesquisas y tras la resolución del misterio se procederá al brindis.

P.S.: Avise por favor si usted es vegetariano o alérgico a algún alimento con la debida antelación.

Él ya había hablado muchas veces con Lapiedra, que le había entregado incluso un premio literario por una novela que yo escribí. El escritor quería que conociera al detective porque pensaba que su influencia sería buena para mis novelas, es decir, para sus novelas. Para explicaros cómo conocí a este escritor, cómo me contrató y por qué languidecía mi vida bajo su sombra como una maceta metida en un armario, antes tendré que hablar de mi infancia. Nunca me ha resultado fácil hacerlo.